



EVA MARÉZ

comunidad indígena 'emberá chamí' de Cristianía, en Colombia.

los 1.500 indígenas apenas sobreviven con el laborioso cultivo del café, un café suave especial considerado el mejor del mundo. Ellos sólo venden el grano, sin agregar ningún valor a esta cadena productiva tan lucrativa. Las autoridades del país y del poderoso gremio cafetero tal vez están interesadas en que los indígenas produzcan más y mejor, pero es difícil que haya apoyo para agregar valor o permitir su comercialización directa. Lo llevamos negociando bastante tiempo, y tengo el aval de la comunidad para tratar de encontrar un compra-

dor en España, para lo cual he traído una pequeña muestra. Me siento muy motivado para estimular iniciativas que permitan a los indígenas vivir más dignamente con su potencial productivo propio. Por ello estoy buscando contactos con entidades—de cooperación, comercio justo o de comercio en general— para estudiar la posibilidad de gestionar un proyecto de desarrollo productivo de los indígenas que incorpore organización comunitaria, estructura productiva y un mercado para su café, unos 150.000 kilos anuales. El objetivo es consti-

tuir una empresa eficiente y sostenible propiedad de los indígenas y cuyos beneficios sean invertidos en el desarrollo social de la comunidad.

—En este punto, el papel de las empresas y del comercio puede ser importante para favorecer el desarrollo...

—Sin duda. En casos como éste, con un producto con demanda en el mercado mundial, veo factible la colaboración de empresas, por ejemplo valencianas, que al mismo tiempo obtengan rentabilidad en su actividad y fomenten el desarrollo de comunidades empo-

brecidas como la de Cristianía, que de otra manera difícilmente podrán salir del subdesarrollo. Eso no ocurre con otro tipo de empresas más 'depredadoras', como he visto en el caso de las petroleras y madereras en la Amazonía, que obtienen grandes beneficios extrayendo recursos naturales pero a cambio sólo dejan pobreza y enfermedad, desestructuración social y devastación ambiental.

—La iniciativa supranacional más importante en el campo de la cooperación internacional son los llamados Objetivos del Milenio, cuestionados por muchos especialistas, que ponen en duda su utilidad. ¿Son realmente una ayuda o es propaganda?

—Los objetivos del Milenio son un esfuerzo mundial loable para ponerle cara a realidades inculcables. En la práctica, el conjunto de objetivos, metas e indicadores específicos está sirviendo para orientar los programas de cooperación. Pero no soy del todo optimista sobre su eficacia. Lo veo más bien como un respiro que se toma el mundo desarrollado ante su incapacidad en la respuesta. Es como con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que se promulgó en 1948 y hoy la realidad en buena parte del mundo sigue siendo desgarradora.

—Desde el punto de vista de la eficiencia económica, es sorprendente que ésta u otras iniciativas no cumplan los objetivos marcados y sin embargo se exijan cada año más recursos...

—Cuando las necesidades humanas están desbordadas, las emergencias se superponen a los programas de desarrollo y la eficiencia pasa a segundo plano. La cantidad de recursos debería seguir aumentando, aunque deba ir de la mano de la mejora en la eficacia y la eficiencia en su uso. Aumentar la ayuda sin mejoras sustanciales en eficiencia y claridad de objetivos la hace menos útil y eficaz de lo que podría ser. Aquí es donde es importante la evaluación: hay que evaluar, analizar lo

que se hace y seguir mejorando. Y contar con las comunidades de los países receptores.

—A pesar del aumento de los fondos dedicados a estos fines, la pobreza sigue siendo una dura realidad en los países en vías de desarrollo. ¿Qué está ocurriendo?

—Yo aprecio poca viabilidad y bastante burocracia en las acciones para resolver los graves problemas de la humanidad. Se carece de dirección estratégica. La cooperación se ve limitada por el escaso estímulo de las políticas concretas, muy relegadas frente a las relaciones internacionales y, como en el caso de España, en la búsqueda de mayor presencia en los foros multilaterales y en los grandes organismos internacionales de ayuda. Cabe plantearse, además, si el problema no es intrínseco al sistema. Las políticas de cooperación al desarrollo nacen limitadas por no poder afrontar de pleno las causas que generan la desigualdad y la miseria humana. Para estados con presupuestos de cooperación de varias centésimas de su PIB, no es fácil separar ayudas desinteresadas de los intereses comerciales o económicos del propio país.

—¿Cómo valora el comportamiento de los gobiernos de los países receptores de las ayudas?

—En muchas ocasiones no coinciden los intereses de los gobiernos y los de los buena parte de sus ciudadanos. En la cooperación se ve claramente. En los países desarrollados, algunos estados priman aquello que beneficia a la producción nacional mientras parte de la ciudadanía aboga por la cooperación solidaria. En los países receptores de ayuda, el Estado pretende controlar la ayuda que recibe para financiar sus políticas sociales, mientras una buena parte de sus ciudadanos siguen con sus necesidades básicas insatisfechas y preferirían lógicamente cooperación directa. Aquí lo fundamental es cómo los gobiernos donantes exigen y supervisan la gestión de los fondos a los gobiernos receptores de la ayuda.